



FOTO: El Universal

UN FUNERAL CON ECO DE CAMPAÑA

En Colombia, ni la muerte logra detener la disputa política. *El reciente adiós a Miguel Uribe Turbay lo dejó claro: entre coronas de flores y discursos solemnes, se coló el ruido de la confrontación partidista. Un país que llora, pero que al mismo tiempo sigue peleando.*

El velorio fue, para muchos, un acto íntimo y doloroso; para otros, una plataforma para reafirmar posturas, medir fuerzas y dejar claro que las tensiones no se toman descanso. Y aquí surge la pregunta incómoda: *¿en qué momento dejamos de separar el dolor humano del debate político?*

Miguel Uribe, más allá de las simpatías o críticas que despertara, representaba a una gene-

ración que llegó al Congreso con ímpetu y con la convicción de dar pelea en la arena legislativa. Su voz para unos, un estandarte de firmeza; para otros, un rival político incómodo tenía algo que hoy escasea: claridad en sus convicciones y disposición a defenderlas, aun en medio de la tormenta mediática.

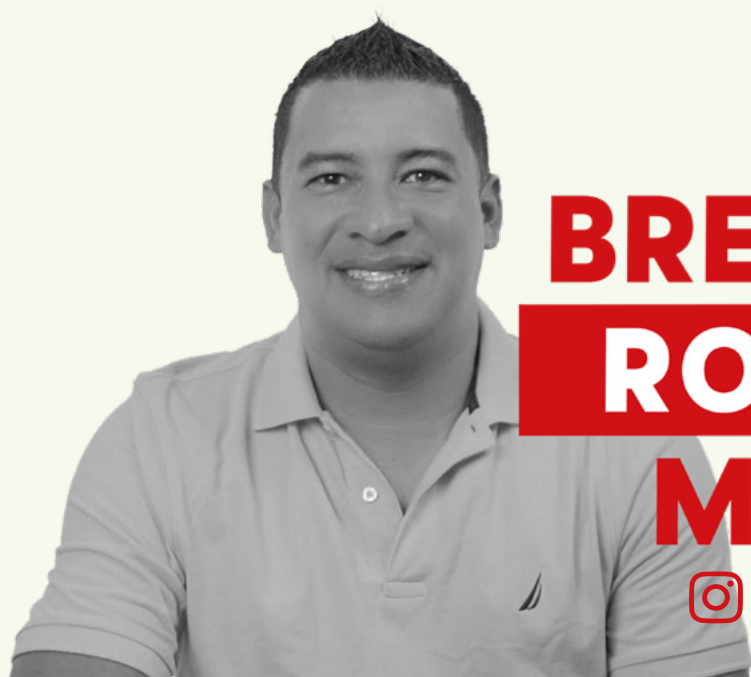
Su carrera política fue veloz y mediática. Como concejal, secretario de Gobierno de Bogotá y luego senador, construyó una marca personal que trascendía a su partido. Lo hacía con un estilo frontal, sin rodeos, que generaba titulares y debates acalorados. *Esa misma frontalidad, en la hora de su despedida, provocó que las diferencias ideológicas se colaran entre los rezos y los aplausos.*

Pero tal vez lo más revelador fue lo que quedó fuera del protocolo: **abrazos incómodos entre adversarios, conversaciones a media voz, silencios que decían más que las palabras.** Hubo lágrimas sinceras y también gestos calculados para las cámaras. Porque en Colombia, la política no se guarda ni en los funerales.

El adiós a Miguel Uribe debería habernos recordado algo básico: **que antes de ser políticos, somos personas. Que la muerte debería ser un espacio de pausa, de reconocimiento al otro, incluso si nunca coincidimos con sus ideas.** Sin embargo, lo que vimos fue una radiografía del país que somos: fragmentado, impaciente y con poca disposición a escuchar sin pensar en la réplica.

Miguel Uribe descansa ya, pero la política colombiana sigue su curso, como un río turbulento que no conoce orillas. Entre discursos y homenajes, quedó flotando una sensación amarga: **la de que, en nuestra democracia, la unidad es un lujo efímero. Dura lo que tarda en llegar el próximo titular de confrontación.**

Su legado político será debatido, como es natural en una figura pública. Lo indiscutible es que, hasta el final, logró lo que muchos anhelan: **dejar huella. Y quizás ese sea el mejor homenaje que se le pueda dar, más allá de las flores o los discursos: aprender a debatir sin destruir, y a despedir sin pelear.**



**BREINER
ROBLEDO
MEZA**

 **jeanbreinerrobledo**